

pías» (1). Ebroïn sucumbió como había sucumbido Brunequilda; luchaban contra un movimiento irresistible. El poder real supone un Estado, y el Estado no era más que una imitación de Roma, sin arraigo en los espíritus. Al fin de la primera raza, el poder real no es más que una sombra; el mayordomo de palacio es el verdadero señor, pero no es sino el jefe de una poderosa aristocracia. Los Carlovingios llegan al trono con el apoyo de los grandes; se sirven de sus consejos en todas las circunstancias (2). Cuando la mano poderosa de Carlo-Magno no pesa ya sobre ellos, los consejeros se convierten en amos. Bajo Carlo-Magno mismo, los condes, los hombres poderosos por sus funciones ó sus propiedades son los que reinan más bien que el emperador; poseen los únicos elementos de influencia que subsisten en una sociedad en disolución: el poder local. Las guerras civiles que destrozaron el imperio despues de la muerte de Carlo-Magno, favorecieron la usurpación de los señores. El poder real desapareció, la aristocracia sólo quedó en pié; nos hallamos en pleno feudalismo.

SECCION IV. — DISOLUCION DEL IMPERIO CARLOVINGIO. APRECIACION DE LA UNIDAD CARLOVINGIA.

§ I. — Disolucion. — Causas.

El imperio supone la unidad, la indivisibilidad del territorio. Los Germanos consideraban los reinos como tierras que se repartían entre los herederos; Carlo-Magno mismo no se levantó por cima de las mezquinas concepciones de su raza. Esta costumbre debía producir la disolucion del imperio. Apenas hacía tres años que Ludovico Pío ocupaba el trono, cuando dividió el reino entre sus tres hijos. La division de 817 (3) es un acto notable; es un

(1) *Vita S. Ragueberti*, en DOM BOUQUET, t. II, p. 619.

(2) LEHUERON, *Instituciones carlovingias*, t. II, p. 270, 291 y sig.

(3) BALUZE, *Capitul.*, t. I, p. 574. — PERTZ, *Leg.*, I, 198.

ensayo de conciliación entre el principio de la unidad romana y el principio de la herencia germánica. En el preámbulo, el Emperador declara que sus fieles, reunidos para deliberar sobre los intereses generales del imperio, le han rogado que disponga, según el uso de sus antepasados, de la sucesión del reino: «Sin embargo, no nos ha parecido conveniente, ni á nosotros, ni á los que tienen alguna prudencia, romper por intereses humanos y por amor y afección á nuestros hijos, la unidad de este imperio.» Despues de haber implorado la asistencia divina con ayunos y oraciones, el Emperador, con consentimiento del pueblo, declara dar la corona imperial al primogénito de sus hijos y el título de rey á sus hermanos. Los reyes gobernarán los países que se les asignan, bajo la soberanía del Emperador; no podrán hacer guerra ni tratado, no podrán casarse sin su permiso. El acta de repartición cuida de que la disolucion del imperio no llegue hasta el infinito por efecto de la herencia; si uno de los reyes deja varios hijos, el reino no se dividirá entre ellos: «el pueblo reunido elegirá á aquel á quien Dios quiera escoger»; si muere sin hijos legítimos, sus Estados volverán al Emperador. A fin de mantener la buena armonía entre los príncipes, Ludovico Pío quiere que los reyes pasen al ménos una vez cada año á la corte de su hermano primogénito, con presentes, «para visitarle y verle y tratar juntos con el amor que se debe entre hermanos de todo lo que interesa al bien público y al sostenimiento de la paz.»

Ludovico Pío queria mantener la unidad de la dominación franca, aún partiendo el reino entre sus hijos. Pero la ley fundamental de 817 fué letra muerta; la subordinación que establecía entre los hermanos repugnaba demasiado á las ideas germánicas sobre el derecho igual de los herederos. Léjos de vivir unidos, los hermanos se destrozaron en odiosas guerras que acabaron en el tratado de Verdun. El Imperio se desmembró en tres reinos independientes; hubo aún un emperador, pero no tenía supremacía alguna sobre los reyes; no hubo ya más unidad. Sin embargo, el sentimiento de unidad sobrevivió á la division de la monarquía. La grandeza de Carlo-Magno dejó grandes recuerdos y sentimientos; cada uno de los príncipes carlovingios tuvo la ambición de reconstituir en provecho suyo el magnífico Imperio. Los vínculos de san-

gre que los unian hacian que se considerasen sus Estados como unidos igualmente por el parentesco. En una alocucion al pueblo, los reyes francos proclamaron «que no habia más que una cristiandad, un pueblo y un reino» (1). La necesidad de fortificarse por medio de la concordia era otro motivo para mantener una especie de unidad entre los miembros de la familia carlovingia. De aquí, á pesar de las disensiones que los dividen, las numerosas conferencias de príncipes, hermanos, tios y sobrinos; trataban en ellas de los intereses comunes de los diversos reinos, daban leyes generales para todo el Imperio, se prometian apoyo recíproco, como conviene á parientes y reyes cristianos (2). Pero no se nota ya la soberanía del emperador en estos convenios; el emperador y los reyes figuran en ellos bajo un pié de igualdad perfecta (3). La amistad que se juraban era un débil vínculo para los sucesores de Carlo-Magno; sus tratados no eran más que treguas; los contemporáneos hablan con indignacion del ódio, del egoismo, de la mezquina ambicion que tenía divididos á los hermanos (4). En 850, dice un analista, se vió cazar juntos al emperador Lotario y al rey Luis; esta intimidad entre los dos hermanos excitó un gran asombro. La herencia reunió nuevamente los reinos carlovingios en la persona de Cárlos el Gordo; pero la incapacidad del príncipe, relativamente á la inmensidad de su tarea, era como una ironía de la suerte; diríase que la Providencia queria poner de relieve cuán vanas son las tentativas de monarquía universal. Los pueblos pusieron fin á aquella parodia de Imperio; Cárlos el Gordo fué depuesto, y la disolucion llegó á ser definitiva.

La disolucion del Imperio de Carlo-Magno es uno de los grandes hechos de la historia; cierra la época bárbara y abre la era feudal. Importa investigar las causas de esta revolucion. Todas las monarquías universales llevan en sí el gérmen de su muerte, porque quebrantan la individualidad de las naciones. Dios ha se-

(1) En 865. PERTZ, *Leg.*, I, 501.

(2) Las principales de estas conferencias fueron las de 847 (BALUZE, II, 41), de 851 (BALUZE, II, 45), de 857 (BALUZE, II, 98), de 860 (BALUZE, II, 139), de 862 (BALUZE, II, 163), de 865 (PERTZ, *Leg.*, I, 499), de 879 (BALUZE, II, 278).

(3) Se los califica de *iguales (pares)* en el convenio de 851.

(4) *Vita Walæ* (PERTZ, II, 566).—*Annal. Xantens.*, a. 850 (*Ib.*, p. 229).

ñalado límites á los pueblos por medio del lenguaje, las costumbres, los climas, las montañas, los rios; el edificio político que desconoce esta ley providencial, descansa sobre la arena del desierto y es derribado por la primera tempestad que se levanta. Sin embargo, estas creaciones arbitrarias pueden durar más ó ménos. La dominacion de Roma ha tenido una existencia secular; la unidad romana tenía tal fuerza, que sostuvo durante diez siglos un cuerpo sin vida propia, el imperio de Bizancio. El imperio carlovingio cae casi á la muerte de Carlo-Magno. ¿Por qué esta rápida decadencia?

Se ha buscado la causa de la disolucion en la incapacidad de los sucesores de Carlo-Magno; se la ha buscado en las invasiones de los Normandos, de los Sarracenos y de los Húngaros. Esto es decir que pequeñas causas producen grandes efectos; no lo creemos nosotros. ¿Eran más capaces los césares griegos que los descendientes de Carlo-Magno? Sin embargo, su Imperio duró siglos, en medio de las invasiones de los Bárbaros del Oriente y del Norte. Las correrías de los Normandos no trajeron la disolucion del Imperio; fueron más bien un signo de su debilidad; debilidad tal, dice Herder, que parece que la unidad carlovingia no fué más que un sueño (1).

Un ilustre historiador ha buscado el principio de la desmembracion en la diversidad de razas: «Carlo-Magno, dice *Agustin Thierry*, habia reunido en una unidad aparente naciones diversas por su origen, costumbres y lenguaje; pero el aislamiento natural subsistió, y para impedir que el Imperio se disolviese desde su creacion, fué necesario que el gran emperador tuviese sin cesar puesta la mano sobre él. En tanto que vivió, los pueblos del Occidente permanecieron unidos bajo su vasta dominacion; pero comenzaron á romper esta union ficticia tan pronto como el César franco bajó con su traje imperial á la bóveda sepulcral de Aix-la-Chapelle. La querella de los reyes no era más que un reflejo de la querella de los pueblos» (2). Hay algo de verdad en la idea de

(1) HEGEL, *Philosophie der Geschichte*, p. 447.

(2) THIERRY, *Historia de la conquista de Inglaterra*, lib. II. *Cartas sobre la Historia de Francia*, XI.—La misma idea se encuentra en HEGEL, *Philosophie*

Thierry, aunque la haya formulado con un rigor demasiado sistemático. Se descubre en las luchas que destruyeron los reinos carlovingios un movimiento instintivo del espíritu nacional. La Alemania en masa tomó el partido de Ludovico Pío: «El emperador, dice su biógrafo, desconfiaba de los *Francos*; tenía más confianza en los *Germanos*» (1). La oposición de las nacionalidades es manifiesta. Por primera vez los conquistadores de las Galias, confundidos con los vencidos, llevan un nombre distinto de los pueblos de la Germania; las dos razas se encuentran en los campos de batalla como enemigas y van á separarse para siempre para cumplir cada una con su misión. Es verdad que las reparticiones no consagraron el principio de las nacionalidades. Los intereses personales, las pasiones y los accidentes complicaron el hecho de la disolución del Imperio; estos intereses solamente eran ostensibles y dominaban el secreto trabajo de los pueblos. Sin embargo, la diferencia de raza influyó en las reparticiones; los historiadores contemporáneos mismos lo hacen notar (2).

Pero el movimiento nacional no se hallaba aún sino en estado de instinto; por sí mismo no hubiera tenido bastante fuerza para derribar el Imperio. Las naciones no se manifiestan con algun poder hasta el fin de la Edad Media; el trabajo de su formación no se ha acabado aún en el siglo XIX; en el IX no existían más que en germen; es, pues, imposible que ellas produjeran la disolución de la unidad carlovingia. Debe decirse más bien que esta disolución era una condición necesaria para que las naciones pudieran nacer y engrandecerse; si la monarquía de Carló-Magno se hubiera sostenido, las hubiera ahogado en su cuna. La desmembración fué el primer paso hácia la formación de pueblos distintos.

Así es que las divisiones sucesivas no dieron por resultado el

der Geschichte, p. 445.—LEO, *Universalgeschichte*, t. II, p. 106.—SISMONDI, *Historia de la decadencia del imperio romano*, t. II, p. 123.

(1) ASTRONOM., *Vita Ludovici* (PERTZ, II, 633). «*Dividens Francis, magisque credens Germanis.—Omnis Germania eo confluit; Imperatori auxilia futura.*»

(2) NITHARD., *Hist.*, IV, 1 (PERTZ, II, 668): «*In qua divisione non tantum fertilitas aut æqua portio regni, quantum affinitas et congruentia cujusque aptata est.*»

establecimiento de las grandes naciones que constituyen hoy la Europa; la disolución prosiguió en el interior de la Francia, de la Alemania y de la Italia. El feudalismo, es decir, la extrema división, es lo que sale de la unidad carlovingia. Esta desmembración de la Europa obedecía á otro principio que al de las razas. Cuando se disuelve un gran Imperio para dar lugar á pequeñas asociaciones, es necesario que haya causas que impidan la existencia de un gran Estado. Hemos dicho cuáles eran estas causas. Aquella unidad era prestada; era el último recuerdo de Roma que los conquistadores querían restablecer en provecho suyo, pero que fueron impotentes para mantener. Bajo la apariencia de la unidad se formaron sociedades locales, fundadas sobre la posesión del suelo y sobre las relaciones de dependencia personal; estos círculos limitados estaban más en armonía con el espíritu de los Germanos que los grandes Estados. Hé aquí por qué el Imperio dejó su lugar al feudalismo (1).

§ III.—Apreciación de la unidad carlovingia.

Floro, diácono de la iglesia de Lyon, en tiempo de Ludovico Pío y de Carlos el Calvo, deploró la disolución del imperio en una composición en versos latinos: «Un bello imperio florecía bajo una brillante diadema; no había más que un príncipe y un pueblo: el amor de un lado y el temor de otro mantenían por todas partes la buena armonía. Así la nación franca brillaba á los ojos del mundo entero. ¡Feliz si hubiera conocido su dicha, el imperio que tenía á Roma por ciudadela, y al que guarda las llaves del paraíso por fundador! Arruinada ahora, ha perdido aquella gran potencia su esplendor y el nombre de imperio á la vez. El reino, en otro tiempo tan bien unido, está hoy dividido en tres partes; no hay en él nadie á quien se pueda considerar como emperador; en lugar del rey se ve un reyezuelo, en lugar del reino un pedazo de reino. El bien general se halla desatendido; cada uno se ocupa de sus in-

(1) GUIZOT., *Historia de la civilización*, XXIV lección; *Ensayos*, p. 81.

tereses; se piensa en todo y nadie se acuerda de Dios. No hay ya ni asamblea del pueblo ni leyes. ¿Qué va á ser de los pueblos inmediatos al Danubio, al Rhin, al Ródano, al Loire y al Po? Unidos todos antiguamente por los vínculos de la concordia, ahora que la alianza se ha roto, se verán atormentados por tristes disensiones. ¿Qué fin pondrá á todos estos males la cólera de Dios? Apénas hay quien piense en ello, quien medite sobre lo que pasa y se aflija. Se regocijan más bien de la destrucción del imperio, y se llama paz á un orden de cosas que no ofrece ninguno de los bienes de la paz» (1).

Los analistas de la Edad Media ven en la disolución del imperio la mano vengadora de Dios: «Cuatro reyes reinaron entonces en el reino de Carlo-Magno; como dice el profeta, *hay muchos príncipes á causa de los pecados de la tierra*» (2). Los historiadores modernos lamentan igualmente las divisiones que destruyeron la unidad carlovingia: «¡Cuánta sangre, exclama Leibnitz, se hubiera ahorrado el pueblo cristiano, si el imperio de la tierra hubiera estado confiado á uno solo; si los reyes actuales y futuros hubieran sido los vasallos del emperador y hubieran estado sometidos á las asambleas nacionales de los Francos!» «La barbarie de la Edad Media, dice el sabio Guérard, fué la consecuencia fatal de la destrucción de la monarquía carlovingia; si los sucesores de Carlo-Magno hubieran marchado por el camino que éste les abrió, la humanidad no hubiera tenido necesidad de pasar por la anarquía feudal para llegar al renacimiento» (3).

La filosofía de la historia no puede participar de estos senti-

(1) FLOBI, *Querela de divisione imperii* (en DOM BOUQUET, VII, 302. Traducción de THIERRY). Compárense las dolorosas quejas expresadas por el biógrafo de Wala (PASCHAS. RADBERT. *Vita Wala*, II, 7, en PERTZ, II, p. 551): «¡Oh día para siempre deplorable, que ha esparcido sobre este universo eternas tinieblas quizás, y daños infinitos; que ha roto en pedazos y dividido en fragmentos un imperio unido y pacífico; que ha violado los derechos más sagrados entre hermanos; deshecho los vínculos de sangre; sembrado por todas partes las enemistades y dispersado á los conciudadanos.... De aquí las guerras civiles, ó por mejor decir, más que civiles, que cada día ven nacer... De aquí aún las incursiones de las naciones paganas y enemigas, el asesinato del pobre pueblo, el incendio de las villas y ciudades» (Traducc. de LEHUERON, *Instituciones carlovingias*, p. 597).

(2) *Annales Xantens.*, ad a. 869 (PERTZ, II, 233).

(3) LEIBNITZ, *Annal.*, t. I, p. 482.—GUERARD, *Poliptica*, t. I, p. 204.

mientos; allá donde hay disolución y muerte aparentes, descubre un gérmen de vida y de progreso. Si la ruina de la unidad carlovingia ha sido deplorada por grandes genios, es porque se han formado un falso ideal de la unidad romana, restablecida por Carlo-Magno. A pesar de toda su magnificencia, la unidad romana termina en una irremediable decrepitud. La unidad carlovingia, pálida copia de la de Roma, tuvo la misma suerte. ¿Qué era el imperio de Carlo-Magno en sus relaciones exteriores y en su organización social?

El *Monje de San Gall* cuenta que hallándose Carlo-Magno en una ciudad de la Galia, barcos escandinavos vinieron á piratear hasta el puerto. Unos creían que eran mercaderes judíos ó africanos, otros decían que eran bretones: «No son mercaderes, dijo el Emperador, sino crueles enemigos.» Los Normandos se alejaron á toda prisa de la costa que Carlo-Magno protegía con su presencia. Pero el Emperador, levantándose de la mesa, se puso á la ventana que miraba al Oriente y permaneció largo tiempo con el rostro inundado en lágrimas. Como nadie se atreviese á interrogarle, dijo á los grandes que le rodeaban: «¿Sabeis, fieles míos, por qué lloro amargamente? Yo no temo á estos piratas, pero me aflijo de que, viviendo yo, se hayan atrevido á insultar estas costas. Me atormenta un violento dolor cuando preveo todos los males que causarán á mis descendientes y á sus pueblos» (1).

El temor que una partida de bandidos inspira al jefe de un imperio que abrazaba casi toda la Europa, prueba que la tan admirada unidad carlovingia no tenía el poder que se le supone. El mal sobrepusó los temores de Carlo-Magno; los Normandos acometieron á la monarquía á sangre y fuego: «Destruyen las ciudades, dice un analista, arrasan los monasterios y las iglesias, los servidores de Dios perecen de hambre ó atravesados por la espada, los habitantes del campo son aniquilados» (2). Al ver los caminos cubiertos de cadáveres de clérigos y de legos, de nobles y de sierros, de mujeres y de niños, los cronistas creyeron que iba á llegar

(1) MONACH. SANGALENS., II, 22 (PERTZ, II, 737).

(2) *Annal. Vedastini*, ad a. 882 (PERTZ, II, 200).